



EL EXILIO REPUBLICANO

80 AÑOS DESPUÉS

1939

Imagen en portada: Militares republicanos atravesando Collioure, febrero, 1939. Fotografía de Manuel Moros.

El invernial paso por la frontera de 1939 consumó un éxodo de unas proporciones y naturaleza inéditas hasta entonces en la historia de España.

Durante este año 2019 conmemoramos el inicio de nuestro exilio republicano de 1939, ochenta años después. La caída de Barcelona el 26 de enero de 1939 precipitó la Retirada y, entre finales de enero y el mes de febrero de aquel duro y muy gélido invierno, aproximadamente medio millón de españoles republicanos vencidos, de todas las clases sociales y edades (ancianos, mujeres, milicianos y niños), desarmados y ligeros de equipaje, atravesaron con sus maletas y bultos la frontera francesa. La amargura y desolación por la derrota republicana quedan reflejadas con absoluta claridad en la última fotografía de Antonio Machado, fallecido por el dolor del exilio en el pueblo mediterráneo francés de Collioure el 22 de febrero de aquel año de 1939.

Para la mayoría de nuestros intelectuales exiliados la primera experiencia de su exilio francés fue la de los campos de concentración: Argelès, Saint-Cyprien, entre otros. Unos campos que fueron escenario de patéticas escenas, pero también la primera ocasión

para evidenciar la indisoluble vinculación del proyecto republicano con la cultura, tal y como demuestran las actividades y publicaciones de todo tipo que se desarrollaron durante esta inhumana experiencia. Los artistas, escritores e intelectuales republicanos internos en estos campos de concentración franceses preferían, por razones obvias de lengua y cultura, exiliarse en América, convencidos de que allí podrían encontrar un medio profesional más propicio para trabajar en editoriales, colaborar en periódicos y revistas, publicar sus libros, integrarse en sus universidades, obtener unos mínimos ingresos económicos y poder rehacer así sus vidas. Sin olvidar que muchos exiliados republicanos españoles terminaron por convertir Francia en su residencia definitiva y que permanecieron en una Europa abocada a la Segunda Guerra Mundial, desde el *Veendam* al *Winnipeg*, desde el *Sinaia*, al *Ipanema*, al *Massilia* o al *Mexique*, un gran número de exiliados y, entre ellos, la mayoría de nuestros mejores artistas, escritores e intelectuales viajaron a lo largo de 1939 en varios de estos barcos míticos. ►

► Es de estricta justicia resaltar en este punto la solidaridad, inteligente y generosa política de acogida que impulsó el general Lázaro Cárdenas al abrirles las puertas de México a muchos de ellos, aunque nuestro exilio intelectual republicano se dispersó por todo el continente americano, desde los Estados Unidos a la Argentina.

Instalados en sus distintos países de acogida y creadas nuevas instituciones como la Junta de Cultura Española, fundada en París el 13 de marzo de 1939, los intelectuales republicanos exiliados pudieron publicar durante aquel mismo año sus primeros libros, editar sus primeras revistas, exponer sus primeros cuadros o dar sus primeros cursos en aquellas universidades americanas. En este sentido, la contribución de nuestro exilio intelectual republicano al desarrollo cultural de los países de acogida es una realidad innegable, hoy ya ampliamente reconocida por estas sociedades americanas.

Aquel año de 1939 fue el primero de un exilio que se prolongó políticamente hasta 1977, hasta la promulgación de la actual Constitución española. Con ella, tras el fin de la dictadura militar franquista, se establecía en España una democracia en defensa de la cual habían luchado durante tres años, en guerra contra el fascismo internacional, aquellos republicanos vencidos. Porque el 1 de abril de 1939 no llegó

la paz sino la Victoria, es decir, la cruel represión del régimen franquista contra aquellos republicanos que, huyendo de la cárcel o el fusilamiento, tuvieron que exiliarse para salvar así sus vidas. 1939, en suma, se convirtió en el año tanto de la derrota y del exilio como de la necesidad de rehacer, mantener y difundir desde el primer instante el plural y enriquecedor legado de las culturas políticas republicanas.

Esta exposición pretende reconstruir la actividad cultural desarrollada a lo largo de aquel año de 1939 por el exilio republicano español en las cuatro lenguas de nuestra República literaria: castellano, catalán, gallego y vasco. Sin distinción de clases sociales, de género o de lenguas, esta exposición quiere ser también un homenaje a la memoria de todos nuestros exiliados republicanos de 1939, ochenta años después. ●

Manuel Aznar Soler y
José-Ramón López García,
comisarios

LA RETIRADA



Milicianos dirigiéndose a Argelès. Tarjeta postal publicada en Perpignan, Chauvin, ca. 1939. BNE 17-TP/207.

Durante las primeras semanas de febrero de 1939, medio millón de republicanos de toda condición y clase social cruzó la frontera francesa.



LAS HOGUERAS DEL PERTÚS 1939

Despacio, muy despacio, gozando del dolor del último contacto con la Patria, avanzamos los dos hacia la línea divisoria. Unos pasos no más... Y, estrechamente juntos y abrazados, latiéndonos de angustia el corazón, arrasados en lágrimas los ojos, penetramos los dos en la ignorada senda del Exilio.

¡España, nuestra España, se ha quedado allí atrás!

Álvaro de Orriols
Las hogueras del Pertús.
Diario de la evacuación de Cataluña [1939] 1995

LA CONDICIÓN MASIVA e interclasista del exilio republicano español tuvo su presencia más visible en la avalancha de refugiados que, tras la ofensiva hacia Cataluña de diciembre de 1938, cruzó los pasos fronterizos de los Pirineos. La caída de Barcelona el 26 de enero de 1939 consumó la derrota del Ejército Popular republicano y precipitó la Retirada, un paisaje dantesco de éxodo masivo, bombardeos de la aviación franquista y nieve pirenaica. En la primera quincena de febrero de 1939 aproximadamente medio millón de ciudadanos antifascistas españoles, que habían luchado lealmente por defender la legitimidad democrática de aquella «República de trabajadores de todas clases», atravesaron la frontera francesa, y, tras embarcarse en los puertos de Alicante y Valencia, unos 12.000 más hicieron lo propio en el Norte de África, como ilustra la trágica salida del barco *Stanbrook*. En lamentable lógica con la política de no-intervención mantenida durante la guerra de España por las democracias occidentales —por cierto, una manera de intervención como otra cualquiera, que facilitó la victoria del fascismo internacional contra la legalidad democrática republicana—, el 27 de febrero de 1939 franceses y británicos reconocieron a la España franquista. Un día después, un desmoralizado Manuel Azaña presentaba su dimisión como presidente de la República. La mayoría de aquellos republicanos españoles (civiles y militares del Ejército Popular, familias enteras, ancianos, hombres y mujeres, milicianos y milicianas, niños) atravesó la frontera francesa a pie, cargados con maletas, sacos y bultos que contenían los objetos más íntimos e imprescindibles, en medio de un frío invierno como fue aquel de 1939. Se consumaba así un exilio de unas proporciones y naturaleza inéditas hasta entonces en la historia de España.

Este dramático cruce de la frontera francesa cristalizó pronto en símbolos de los valores

republicanos y antifascistas, cuyo ejemplo paradigmático es Antonio Machado, fallecido y enterrado el 22 de febrero de 1939, envuelto con la bandera republicana, en su exilio francés de Collioure. Aquellos republicanos españoles huían de la represión franquista, no solo de la cárcel (en la de Alicante, por ejemplo, terminaría muriendo el 28 de marzo de 1942 Miguel Hernández) sino también de la muerte (la memoria del asesinato de Federico García Lorca el 18 de agosto de 1936 constituía ya el símbolo de la barbarie fascista y de su odio contra la inteligencia). Porque en contra de lo ingenuamente pensado por muchos españoles, el final de la Guerra Civil no trajo consigo una política de paz y reconciliación; el 1 de abril de 1939 no llegó la paz, sino la Victoria, es decir la cruel represión de los vencedores fascistas. En este sentido, tampoco debe olvidarse el gran número de vencidos republicanos que no pudieron exiliarse. Republicanos cautivos que iban a ser carne de cañón de la Victoria, de la feroz represión (juicios sumarios, condenas a muerte, fusilamientos masivos, campos de concentración) iniciada aquel trágico 18 de julio de 1936. Una represión con la que celebraban su Victoria los promotores de una sublevación militar fascista contra la legalidad democrática republicana representada por el gobierno del Frente Popular, que había vencido legítimamente en las elecciones de febrero de 1936. Ciertamente, de febrero de 1936 a febrero de 1939 habían transcurrido solo tres años, pero tres años que habían cambiado por completo el paisaje político, cultural y humano de España. Como ejemplifica asimismo de modo paradigmático la figura de Antonio Machado, entre aquel medio millón de republicanos antifascistas estaban, sin duda, nuestros mejores artistas, escritores e intelectuales, quienes representaban, no solo cuantitativa sino también cualitativamente, la mejor tradición cultural española y su necesaria y posible continuidad en el exilio. ●



Dibujo de Rafael Alberti incluido en el *Manuscrito Penagos*, cuaderno elaborado durante su estancia en París entre febrero de 1939 y marzo de 1940. BNE MSS/23063, FOL. 7R.



EL INMEDIATO DESTINO mayoritario de los refugiados republicanos que cruzaron la frontera fueron los campos de concentración instalados por las autoridades francesas. Estas primeras experiencias en suelo francés movilizaron a numerosas organizaciones y a intelectuales tan eminentes como Louis Aragon, Julien Benda, Jean-Richard Bloch, Jean Cassou, André Malraux y Jean Sarrailh, quienes evidenciaron la solidaridad internacional antifascista. Sin embargo, la acogida brindada por Francia quedó muy lejos de las expectativas de los refugiados.

Desde su llegada al poder en 1938 y en un ambiente de marcada xenofobia, antisemitismo y cerrazón nacionalista, el gobierno de Édouard Daladier había promovido un amplio abanico de medidas legislativas para controlar y reprimir la presencia de extranjeros en suelo francés. Antes que responder a los principios universales europeos implícitos en quienes conmemoraban en 1939 el ciento cincuenta aniversario de la Revolución francesa, sus comportamientos actualizaron los mecanismos de la violencia colonial en la propia Europa, vulnerando las más elementales medidas humanitarias. Así, casi la mitad de estos refugiados fueron concentrados en playas próximas a la frontera catalana y con distribuciones que supusieron la dispersión familiar de un buen número de ellos. A la construcción de los tres primeros campos, Argelès-sur-Mer (80.000 internados),

Saint-Cyprien (100.000) y Barcarès (20.000), seguirían las de numerosos enclaves como Agde (16.000), en Hérault; Bram (16.000), en Aude; Gurs (16.000), en los Bajos Pirineos; Prats de Molló (25.000), cerca de la frontera catalana; Sept-fonds (15.000), en Tarn-et-Garonne, o Le Vernet d'Ariège, (13.000), en Haute-Garonne, este último un campo de castigo que durante el régimen de Vichy sería utilizado como campo de deportación para judíos. Se ha estimado que, debido a las pésimas condiciones de salubridad, al menos 15.000 españoles murieron durante los primeros seis meses de internamiento y que en junio de 1939, los campos contaban todavía con una población de más de 170.000 internados.

Esta penosa experiencia estuvo, no obstante, acompañada por una sorprendente capacidad de las organizaciones políticas, sindicales y estudiantiles para promover todo tipo de actividades culturales, incluídas precarias y meritorias publicaciones. Revistas confeccionadas en estos mismos campos como *Desde el Rosellón*, *Barraca* y el *Boletín de los Estudiantes* son testimonio de la resistencia humanista y de la defensa de la educación y la extensión cultural como valores esenciales del ideario republicano. En condiciones de extrema penuria, ciertamente, pero sin renunciar a unas insólitas actividades culturales y educativas porque les impulsaba un horizonte de expectativas en donde la esperanza era

por entonces el sentimiento colectivo dominante: el sueño de una pronta restauración de la legalidad democrática republicana que ni siquiera la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial iba históricamente a confirmar.

Las vivencias en los campos dieron lugar a un nutrido corpus de obras, elaborado de modo constante a lo largo de las siguientes décadas por parte de escritores de variada condición social, cultural y política, que acogió todo tipo de contenidos (de la épica al testimonio) y formatos (memorias, poemas, narraciones, crónicas, retratos...). Es el caso de narraciones y testimonios como *Alambradas: mis nueve meses por los campos de concentración de Francia* (1941) de Manuel García Gerpe; *Saint-Cyprien, plage... Campo de concentración* (1942) de Manuel Andújar; *Campos de concentración, 1939-194*— (1944), conjunto de prosas de Narcís Molins i Fàbrega acompañadas de las impactantes ilustraciones de Josep Bartolí; *Cristo de 200.000 brazos. Campo de Argelès* (1958) de Agustí Bartra; *Así cayeron los dados* (1959) de Virgilio Botella Pastor; *Campo francés* (1968) de Max Aub; *Entre alambradas* (1988) de Eulalio Ferrer Rodríguez...; o poemarios como *Diario de Djelfa* (1944) de Max Aub; *Arena y viento. Romances del refugiado 1939-40* (1949) de Manolo Valiente; *La almohada de arena* (1960) de Celso Amieva y *Destierro* (1984) de Teresa Gracia.●

CARTAS



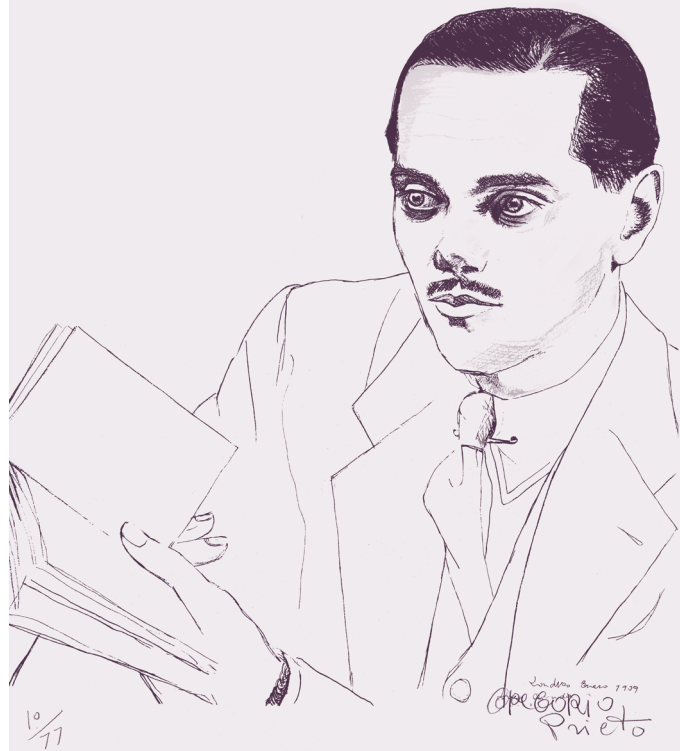
Por de pronto, me ha parecido lo mejor hablar con Cassou, que con otros escritores franceses ha constituido un comité de auxilio a los escritores españoles. [...] Este comité ha proporcionado ya vivienda y algunos auxilios en metálico a varias personas. [...] Ignoro cuánto tiempo estaré aún aquí. Espero que muy poco, y no sería extraño que esta pantomima parisién acabara malamente.

Manuel Azaña
Carta a Juan José Domenchina
París, 16 de febrero de 1939



Si cada refugiado español narrase simplemente lo que ha vivido, se levantaría el más extraordinario y conmovedor de los monumentos humanos, ante el que palidecería cuanto hasta hoy ha producido la imaginación de los hombres [...]. Arrojadlos de nuestros hogares, arrojadlos de nuestro país, arrancados a nuestra tierra, jamás volverá a existir hogar, patria ni reposo para nosotros.

Federica Montseny
Cien días de la vida de una mujer
1949



Serigrafía de Luis Cernuda por Gregorio Prieto. BNE INVENT/67521.

Creo que la objetividad que acaso pretende tu padre sea imposible para mí: sólo el nombre de franquista basta para levantar una ola de asco y repulsión en mis sentimientos. Para mí el levantamiento es responsable no sólo de la muerte de miles de españoles, de la ruina de España y de la venta de su futuro, sino que todos los crímenes y delitos que pueden achacarse a los del lado opuesto fueron indirectamente ocasionados también por los franquistas.

Luis Cernuda
Carta a Nieves Mathews
Glasgow, 15 de diciembre de 1942

LA NUEVA CONDICIÓN como exiliados que inauguraban cientos de miles de republicanos españoles en 1939 incrementó de modo notable la escritura epistolar. Desinformados de la situación de familiares y amigos, tanto en el interior como en el propio exilio, y acuciados por situaciones extremas (los internamientos en los campos de concentración, la necesidad de encontrar un nuevo destino en que pudieran encontrarse a salvo para retomar sus proyectos de vida, la falta de un horizonte profesional...), la correspondencia se convirtió en el único medio a su alcance para poder combatir su situación de aislamiento y para intentar encontrar el auxilio necesario en instituciones o personas que pudieran socorrerles en esas circunstancias verdaderamente críticas.

A través de estos distintos epistolarios disponemos de un testimonio de primera mano de las condiciones con las que muchos exiliados realizaron su penosa salida de España y de los escenarios que hubieron de afrontar nada más cruzar la frontera francesa, con reiteradas situaciones de ingreso en campos de concentración que conllevaban, además, la disgregación del núcleo familiar. Son testimonios en los que, como es lógico, predomina la conciencia trágica, el lamento y una desesperanza que, no obstante, se equilibran reiteradamente con la necesidad de mantener, a pesar de la derrota militar, el sentido de la lucha que los había arrojado a su situación actual.

Crónicas de la intimidad y de la difícil vida cotidiana de aquellos meses, las cartas que han podido ser conocidas hasta la fecha trazan un mapa complejo de intereses, afectos y desacuerdos personales y políticos, pero también, por encima de las diferencias, la indudable existencia de un sentimiento solidario y una conciencia de pertenencia a una causa ideológica y política común. En este sentido, desde el mismo año 1939 las cartas se convirtieron en el modo más

efectivo para intentar suplir la distancia geográfica que separaba a familiares, amigos y personas afines, distancia que para un gran número de exiliados se confirmaría como circunstancia definitiva en las próximas décadas.

Asimismo, desde esta correspondencia observamos el entramado de la solidaridad y complicidades que, para gestionar la salida de los campos y el traslado a otros países, se estableció también con escritores, intelectuales y asociaciones políticas, culturales y de ayuda humanitaria de todo el mundo. De este modo, se han podido reconstruir los pormenores de la siempre dificultosa tramitación administrativa y burocrática que permitió a algunos gestionar sus viajes a distintas naciones americanas, si bien fueron muchas más las solicitudes de ayuda que, finalmente, no obtendrían resultado.

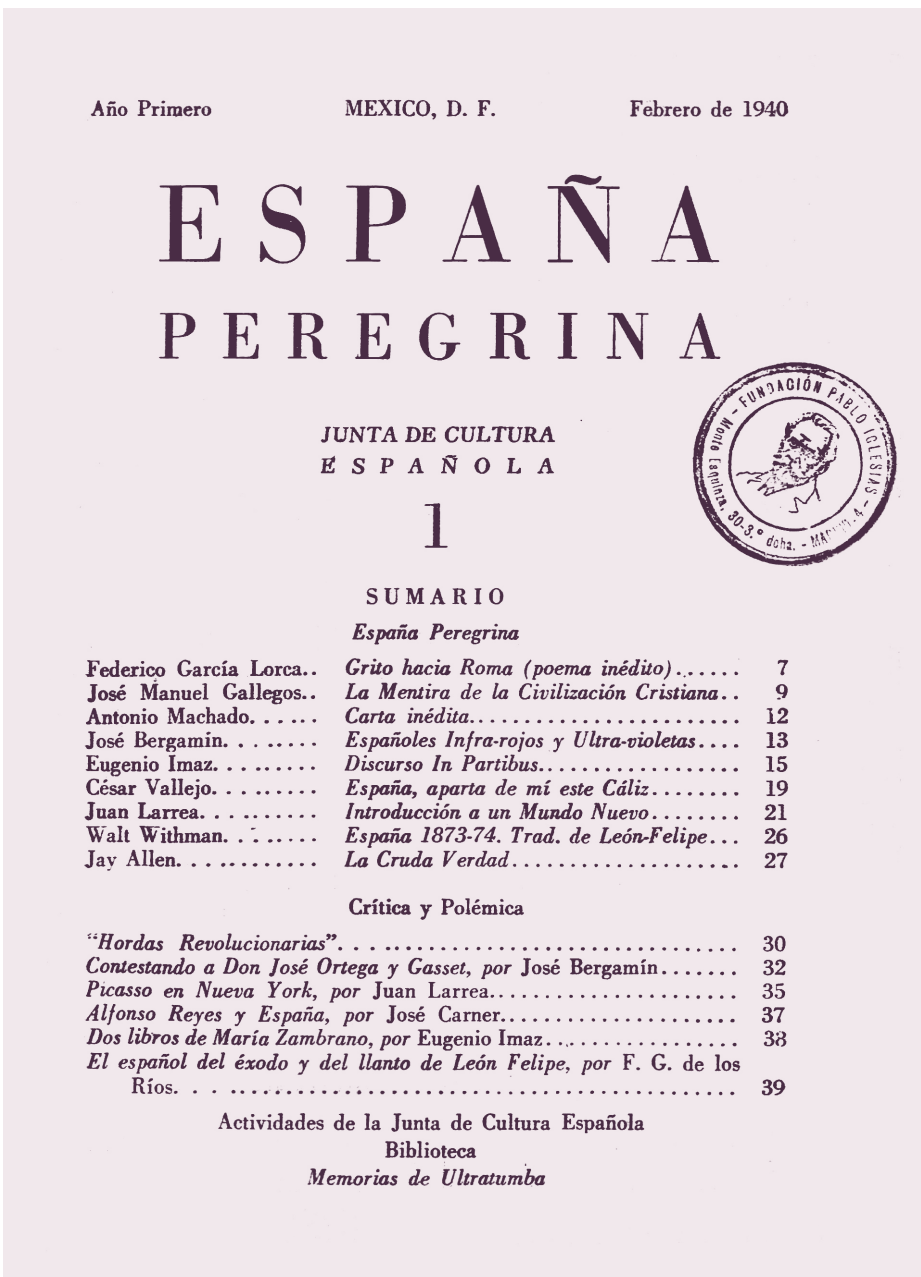
El corpus epistolar evidencia como pocos la diáspora del exilio, una realidad como fenómeno transnacional que propició el intercambio de cartas entre distintos países y continentes, siendo en muchos casos la oportunidad de retomar, especialmente, los antiguos enlaces existentes entre los escritores e intelectuales españoles y latinoamericanos, muy fecundos durante el período republicano.

La necesidad testimonial que late en la conciencia de casi todos los exiliados tuvo como resultado una pulsión epistolar que, con el paso del tiempo, se ha revelado excepcional por su riqueza humana, intelectual e histórica. Los epistolarios conservados de escritores e intelectuales que tienen como unos de sus ejes los traumáticos acontecimientos de 1939 (Juan Ramón Jiménez, Juan José Domenchina, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Luis Cernuda, María Teresa León, Max Aub, Rosa Chacel, Francisco Ayala, Guillermo de Torre...) constituyen, en suma, uno de los más importantes legados de las culturas del exilio republicano.●

EN GRAN MEDIDA REFLEJO de las profundas disensiones en las culturas políticas del exilio, dos organizaciones capitalizaron el flujo de ayudas a los exiliados: el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE), dependiente del gobierno de Juan Negrín, y la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), dependiente de Indalecio Prieto. No obstante, sería el SERE, creado el 1 de abril de 1939 con el objetivo de ayudar a los exiliados en Francia y facilitar su traslado a Latinoamérica, quien desempeñó inicialmente la labor más importante. Para ello abrió delegaciones en otros países, en especial el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados (CTARE), creado en junio de 1939 en México, que, además de promover con mayor o menor fortuna empresas industriales y colonias agrícolas, tendría un papel decisivo en varias de las instituciones pedagógicas y culturales más importantes del exilio mexicano, como el Instituto Luis Vives o la Editorial Séneca, que retomaba en tierras mexicanas el proyecto de la Junta de Cultura Española, impulsora también de la revista *España Peregrina*. La labor más destacable llevada a cabo por el SERE en 1939, con la inestimable ayuda de los diplomáticos mexicanos, se dio en Francia al organizar varias expediciones a tierras americanas y conceder ayudas para la instalación de los exiliados españoles en sus nuevos destinos. Así, financió parte de la expedición del *Winnipeg*, promovida por Pablo Neruda y que permitió que 2.200 refugiados fuesen acogidos en Chile por el gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Igualmente, entre noviembre de 1939 y junio de 1940, llegaron a República Dominicana algo más de 4.000 refugiados en barcos como el *Flandre*, el *Cuba* o el *LaSalle*. A ello deben sumarse otros casos como el del vapor *Massilia*, que en octubre de 1939 realizó un viaje desde Burdeos a Buenos Aires no planificado por ninguna organización y cuyo pasaje estuvo integrado por casi 400 personas de diversas nacionalidades, la mayoría refugiados que huían de la guerra, entre ellos más de la mitad republicanos españoles, con una nutrida representación de intelectuales. No obstante, acorde con la declaración del presidente Lázaro Cárdenas, quien había garantizado el apoyo de su país a los republicanos en caso de derrota, fue la nación mexicana la que asumiría el grueso de estas travesías hacia la libertad, que

acabarían sumando más de 8.000 republicanos españoles refugiados en México hasta febrero de 1940. Fiel a la palabra dada, entre junio y julio de 1939, los barcos *Sinaia*, *Mexique* e *Ipanema* trasladaron a México a 4.660 exiliados, que se sumarían a los cerca de 1.400 que habían arribado previamente en expediciones menores. El *Sinaia* zarpó del puerto francés de Sète en la madrugada del 26 de mayo de 1939 y llegó al puerto mexicano de Veracruz el 13 de junio. Viajaron a bordo unos 1.600 republicanos de variada condición social, política y profesional, acompañados de Susana Gamboa, esposa del pintor Fernando Gamboa, representante del Ministro de México en París, quien estaba autorizada «a realizar actividades culturales» que incluyeron la publicación del diario *Sinaia* y un folleto titulado *Homenaje a México*. Entre el pasaje se hallaba buena parte de los redactores de *Hora de España*, una de las publicaciones más significativas editadas durante los años de la guerra por Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Antonio Sánchez Barbudo y Lorenzo Varela, a los que se sumaron otros nombres de escritores e intelectuales tan destacados como Pedro Garfías, Juan Rejano, Adolfo Sánchez Vázquez, Manuel Andújar, Isidoro Enríquez Calleja, Ramón Iglesia, Jesús Izcaray, Benjamín Jarnés, Pedro Moles, Eduardo de Ontañón, Adolfo Vázquez Humasqué, Antonio Zozaya, y de artistas como José Bardasano, Enrique Climent, Germán Horacio, María Izquierdo, Ramón Tamayo o Ramón Peinador. El *Ipanema* zarpó del puerto francés de Pauillac el 12 de junio de 1939 y llegó a Veracruz el 7 de julio con casi mil refugiados, y también editó un «diario de a bordo» con el título del buque, en el que colaboraron algunos escritores y periodistas como, entre otros, Manuel Albar, Avel·lí Artis, Manuel D. Benavides, Arturo Mori y Joaquín Sanchis Nadal. Finalmente, el *Mexique* zarpó del puerto francés de Pauillac el 13 de julio de 1939 y llegó a Veracruz el 27 de ese mes con más de 2.067 refugiados republicanos, y a pesar del menor número de artistas, escritores o intelectuales que embarcaron en él, también llevó a cabo la publicación del *Mexique*, «diario de a bordo de la 3ª expedición de republicanos españoles a México». Estas tres grandes expediciones a México de los barcos *Sinaia*, *Ipanema* y *Mexique* han quedado fijadas indeleblemente como uno de los símbolos máximos de la ejemplar solidaridad mexicana.●

JUNTA
DE CULTURA
ESPAÑOLA



España Peregrina, año 1, n. 1, Junta de Cultura Española, México, febrero 1940. BNE D/7889. La Junta de Cultura Española decidió en diciembre de 1939 publicar *España Peregrina*, revista que constituiría su órgano de expresión.

Vapor francés *Mexique* en Veracruz. Foto publicada en *Los barcos del exilio*, de A. Simón, Oberon, 2006. BNE 9/276470, P. 50.

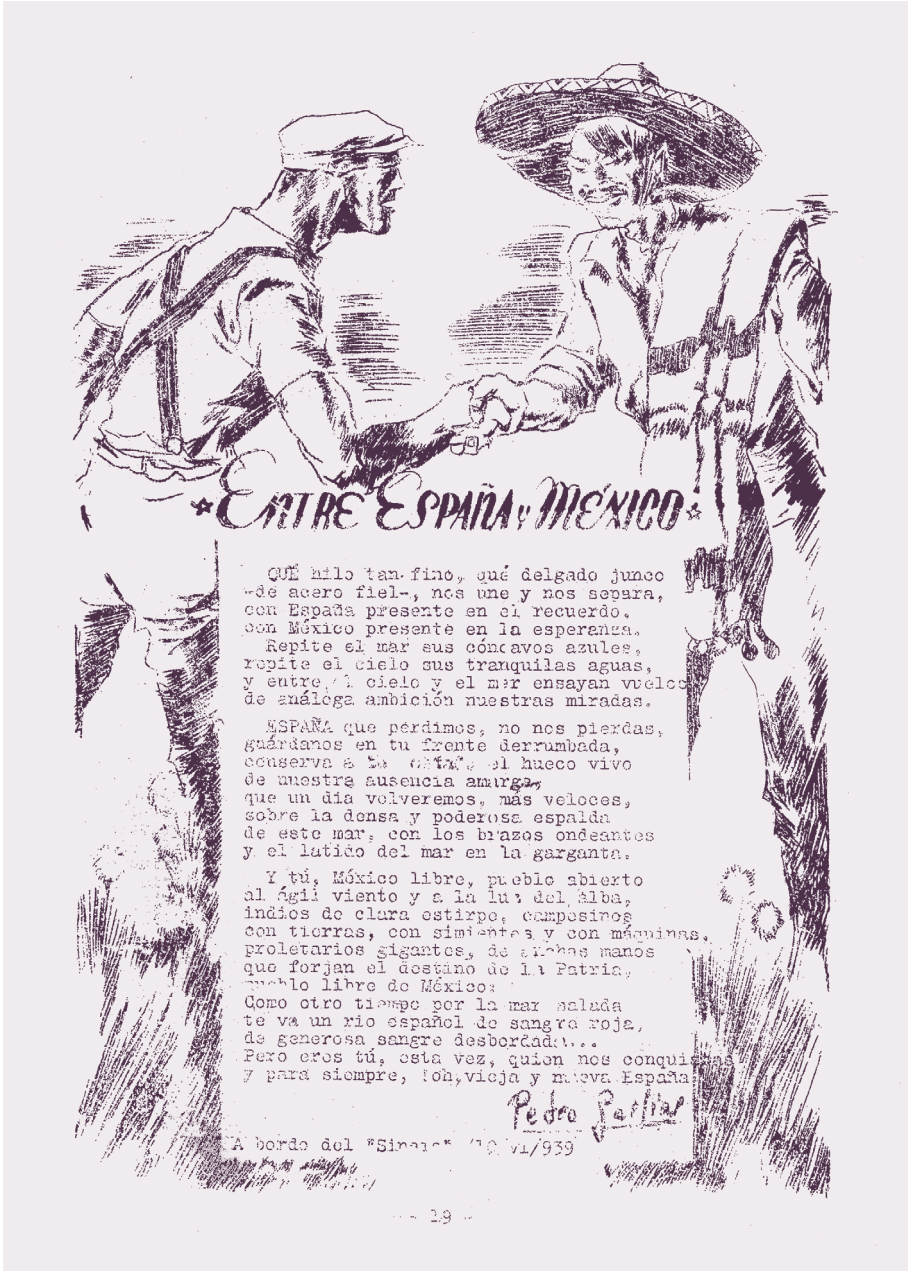
La travesía del *Mexique* en julio de 1939 fue la tercera de las grandes expediciones fletadas por el SERE hacia tierras mexicanas.



ALGUNOS REPUBLICANOS que habían tenido el privilegio de evitar la experiencia de los campos de concentración, empezaron a organizar en Francia la resistencia política y cultural a la dictadura militar franquista. En este sentido, pocos días antes de la caída de Madrid, en un acto presidido por el hispanista francés Marcel Bataillon en el Centro Cervantes de la capital francesa y bajo los auspicios e iniciativa de la Embajada de México en París, el 13 de marzo de 1939 fue creada la Junta de Cultura Española (JCE). La Junta era en buena medida heredera, como organización unitaria y frentepopular, de la antigua Alianza de Intelectuales para Defensa de la Cultura (AIDC). Una Alianza que había organizado en la España republicana, entre otras actividades, el Segundo Congreso Internacional de Escritores para Defensa de la Cultura, inaugurado el 4 de julio de 1937 en el Ayuntamiento de Valencia, que celebró también sesiones en Madrid y Barcelona y que se clausuró en París. En su acto de constitución estuvieron presentes José Manuel Gallegos Rocafull, Manuel Márquez, August Pi Sunyer, Corpus Barga, Pedro Carrasco Garronea, Rodolfo Halffter, Roberto F. Balbuena, Emilio Herrera, Agustín Millares Carlo, Tomás Navarro Tomás, Isabel de Palencia, Enrique Rioja Lobianco, Luis Santullano, Ricardo Vinós, Joaquim Xirau, Juan M. Aguilar, Juan Larrea en representación de Pablo Picasso, José Bergamín y el diplomático mexicano Fernando Gamboa. Inicialmente, la Junta estuvo presidida por José Bergamín y Juan Larrea actuó como secretario. Dependiente del SERE, su prioridad era garantizar la

continuidad y unidad de la cultura española en el exilio, procurando para ello que los científicos, artistas e intelectuales exiliados pudieran encontrar algún nuevo destino donde ser acogidos y prolongar su labor. En sus Estatutos se planteaba una concepción colectiva y plural de la cultura exiliada: «La Junta de Cultura Española se considera integrada por aquellos españoles en los que concorra la doble calidad de estar desterrados y de ser creadores o mantenedores de la cultura española». La convicción de que América era el destino deseado por la mayoría de intelectuales españoles exiliados determinó el traslado de la sede de la JCE a México y fue la embajada mexicana en París la que organizó y sufragó el viaje de una buena parte de sus miembros. Un mítico viaje a bordo del *Veendam* en mayo de 1939, de Saint Nazaire a Nueva York y de allí en autobús hasta Ciudad de México, en el que miembros de la Junta como José Bergamín, Josep Carner, Roberto Fernández Balbuena, Rodolfo Halffter, Paulino Masip y Emilio Prados compartieron pasaje junto a otros artistas e intelectuales como Manuela Ballester, Luísa Carnés, José Herrera Petere, Miguel Prieto, Josep Renau, Antonio Rodríguez Luna y Eduardo Ugarte, entre otros. Entre sus primeras iniciativas editoriales, la Junta de Cultura Española publicó en 1939 *Cartas a un español emigrado* de Paulino Masip, escrito durante su travesía en el *Veendam* con la intención de ayudar a los exiliados a hacer frente a su nuevo destino en México. Las ocho cartas de Masip constituyen un

perfecto ejemplo de las idealizaciones y límites que preceden al encuentro con las nuevas realidades americanas, donde el exilio se propone como una oportunidad de adaptación a lo foráneo que no renuncia a la fidelidad con España. Poco tiempo después, apareció en febrero de 1940 el primer número de la revista *España Peregrina*, «publicación mensual de la Junta de Cultura Española» que, tal y como se afirmaba en sus páginas, «pretende ser el órgano de expresión de cuantos estiman que la lucha por los altos principios que animaron a la República ha entrado en una fase no por discreta y laboriosa menos importante que la que con tanto heroísmo se libró en la península». Esta apelación a la unidad de las culturas exiladas se insertaba en la continuidad de la lucha en defensa de los valores que animaron a la República, al mismo tiempo que interpelaba al público americano como destinatario privilegiado de estos ideales republicanos.●



Pedro Garfias,
«Entre España y México»,
en *Sinaia: diario de la primera
expedición de republicanos
españoles a México*.
BNE 3/165275, P. 150.

El 10 de junio de 1939, Pedro
Garfias compuso a bordo
del *Sinaia* uno de los poemas
más emblemáticos del exilio
republicano.

LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO

LA CASA DE ESPAÑA en México fue creada el 1 julio de 1938 por iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas, un ejemplo paradigmático de las relaciones solidarias, culturales y afectivas promovidas por el presidente mexicano con la Segunda República, entre ellas la preocupación por acoger a los intelectuales españoles desplazados por la guerra. En este sentido, fue determinante el papel del economista, historiador y profesor universitario Daniel Cosío Villegas, fundador en 1934 del prestigioso Fondo de Cultura Económica y promotor de la fundación de La Casa de España en México, de cuyo Primer Patronato formó parte junto con el ingeniero Eduardo Villaseñor, profesor universitario y subsecretario de Hacienda; el doctor Gustavo Baz, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y el doctor Enrique Arreguín, director del Instituto Politécnico Nacional y antiguo rector de la Universidad de Michoacán.

El objetivo de la institución fue la acogida de un grupo de académicos e intelectuales españoles para que pudieran mantener la actividad que la Guerra Civil había interrumpido. Los primeros refugiados fueron personalidades tan relevantes del mundo intelectual, científico y artístico como Jesús Bal y Gay, Isaac Costero, Juan de la Encina (seudónimo de Ricardo Gutiérrez Abascal), Enrique Díez-Canedo, José Gaos, Gonzalo R. Lafora, León Felipe, Agustín Millares Carlo, José María Ots Capdequí, Luis Recaséns Siches, José Moreno Villa y Adolfo Salazar.

En marzo de 1939, fue nombrado director de la institución Alfonso Reyes, otra figura esencial en las relaciones entre intelectuales mexicanos y españoles desde los años veinte, decisión que garantizó la continuidad del proyecto como una pieza fundamental en la acogida masiva de intelectuales exiliados tras la derrota republicana. Así, la institución agrupó

a destacados representantes de todo tipo de disciplinas académicas (químicos, entomólogos, físicos, musicólogos, críticos de arte, juristas, historiadores, sociólogos, filósofos, escritores...).

Durante poco más de dos años, La Casa de España en México protagonizó una fructífera actividad en la que sobresale su excepcional catálogo de publicaciones, una treintena de títulos que, con el sello de La Casa, publicaba y distribuía el Fondo de Cultura Económica. El catálogo se abrió en 1939 con *El teatro y sus enemigos* de Enrique Díez-Canedo (publicado el 28 de abril según el colofón) y, solo en ese mismo año, se publicaron otros relevantes volúmenes de escritores e intelectuales españoles y mexicanos: Juan de la Encina, *El mundo histórico y poético de Goya*; Adolfo Salazar, *Música y sociedad en el siglo XX*; José Moreno Villa, *Locos, enanos, negros y niños palaciegos*; Alfonso Reyes, *Capítulos de literatura española (Primera serie)*; María Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española*; Antonio Caso, *Méyerson y la física moderna*; León Felipe, *Español del éxodo y del llanto*; Luis Recaséns Siches, *Vida humana, sociedad y derecho: fundamentación de la filosofía del derecho*; y, por último, Jesús Bal y Gay, *Romances y villancicos españoles del siglo XVI*.

El escritor Juan José Domenchina, el sociólogo José Medina Echavarría, el doctor José Torre Blanco o el filósofo Joaquim Xirau, también formaron parte, entre otros, de La Casa de España en México, institución que prosiguió sus actividades y publicaciones durante los años 1939 y 1940, hasta que el 18 de septiembre de ese mismo año se reunió en pleno su Patronato y acordó cambiar el nombre de La Casa de España en México por el actual de El Colegio de México. Así, oficialmente, la institución concluyó su trayectoria el 16 de octubre de 1940.●

ENTRE ESPAÑA Y MÉXICO 1939

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.
Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición, nuestras miradas.

España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.

Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas;
proletarios gigantes de anchas manos
que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!

Pedro Garfias
A bordo del *Sinaia*
1939

EL GOBIERNO DEL PRESIDENTE mexicano Lázaro Cárdenas manifestó muy pronto sus lazos de hermandad con el gobierno republicano constituido tras la victoria del Frente Popular de febrero de 1936. Estas iniciativas incluyeron el decidido apoyo diplomático y material de México a la República en armas; la generosa política de acogida a refugiados españoles, con la paradigmática creación en 1937 de un Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español, que organizó el traslado y acogida de los centenares de «niños de Morelia», y el asilo a intelectuales españoles desplazados por la guerra, como ejemplifica la creación en 1938 de La Casa de España en México.

Nueva muestra de este compromiso con el gobierno republicano fue la decidida implicación de su cuerpo diplomático (con el embajador Narciso Bassols a la cabeza) en la evacuación de miles de refugiados hacia tierras americanas, con el propio México como uno de sus destinos prioritarios. La permanencia en el poder durante más de setenta años del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que nunca reconoció a la dictadura franquista, aportó una estabilidad institucional que hizo de México, tras Francia, la nación que mayor número de exiliados terminó acogiendo. La dispersión geográfica planteó distintos fenómenos de asimilación, aculturación y conflicto con las nuevas identidades nacionales y sistemas culturales. En los barcos, como ya sucediera en los campos de concentración, también se promovieron actividades culturales de todo tipo durante las travesías, que fueron recogidas en los ya mencionados diarios publicados a bordo del *Sinaia*, *Mexique* e *Ipanema*. Estas modestas publicaciones resultan un índice inexcusable para entender las líneas esenciales del horizonte de expectativas sobre México y las obligaciones contraídas hacia este país y, por extensión, al conjunto de Latinoamérica: llamamientos a la unidad del exilio; hermanamiento de las historias de España y México desde la Guerra

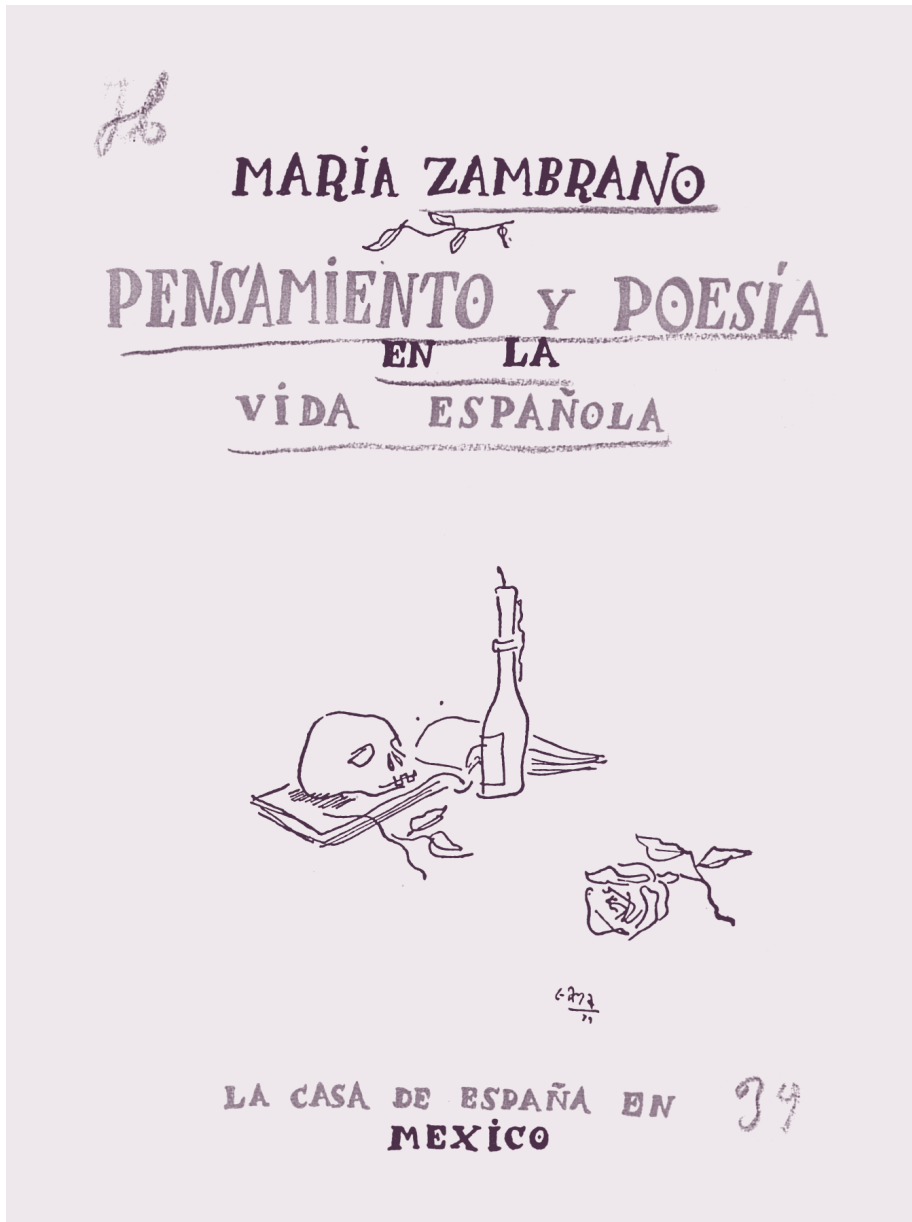
de Independencia española y la Revolución mexicana hasta el actual y común antifascismo; necesidad de propiciar otra imagen de lo español distinta a la del gachupín; apoyo sin fisuras a Cárdenas; prohibición de participar en la política interior (recogida en la propia Constitución mexicana); fidelidad a la patria española como horizonte de realización futura inminente...

Una de las piezas clásicas del corpus exiliado, el poema «Entre España y México» de Pedro Garfias, escrito a bordo del *Sinaia* y publicado el 12 de junio de 1939 en el diario del barco, sintetiza estas aspiraciones de la comunidad exiliada, confiada por igual en el presente mexicano y en el futuro regreso. Su poema simboliza el encuentro entre la España republicana («presente en el recuerdo») y el México revolucionario («presente en la esperanza») cuyo objetivo es el retorno: «España que perdimos, no nos pierdas / guárdanos en tu frente derrumbada / conserva a tu costado el hueco vivo / de nuestra ausencia amarga / que un día volveremos, más veloces, / sobre la densa y poderosa espalda de este mar». Su cierre plantea una metamorfosis que equilibra y repara los excesos coloniales del pasado, pues el nuevo generoso «río español de sangre roja» que llega con estos exiliados republicanos invierte los términos de la Conquista y la retórica de la Hispanidad franquista: «Pero eres tú esta vez quien nos conquistas, / y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!».●

EL NOMBRE 1941

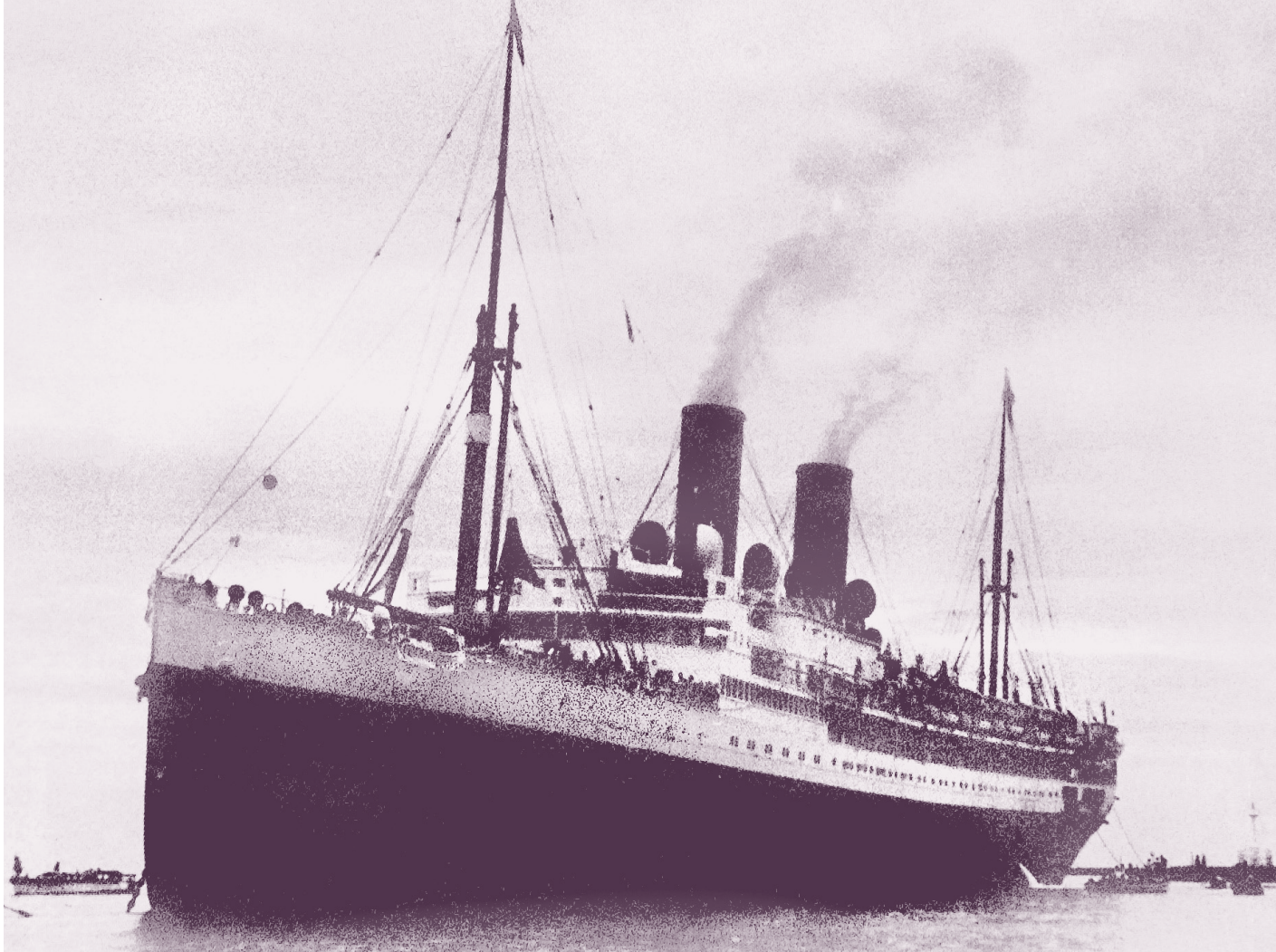
Si escribo gratitud, si escribo amor,
solo ofrezco unos signos. Signos. Nada.
Puedo escribir también pan, libertad,
y acaso se me quiebren las palabras.
Yo escribo en mis adentros hombre y pueblo,
y algún sentido tiene ya la fábula.
Lo más profundo siempre está en el nombre:
México, Cárdenas.

Juan Rejano
El libro de los homenajes
1961



María Zambrano,
*Pensamiento y poesía en
la vida española*, México D.F.,
La Casa de España, 1939.
BNE HA/10094.

*Pensamiento y poesía en
la vida española* recopiló tres
conferencias sobre la cultura
española que su autora
había impartido en México
durante 1939.



Llegada del *Sinaia* a Veracruz, en *Sinaia: diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*. BNE 3/165275, p. 27.

Las travesías de barcos como el *Sinaia* supusieron el inicio de un nuevo tipo de relación entre España y América.

A EXCEPCIÓN DE FRANCIA y la Unión Soviética (que acogió a unos 4.000 españoles, fundamentalmente menores), la presencia exiliada en el resto de Europa fue escasa. Países como Reino Unido, Bélgica, Suiza o Dinamarca acogieron a unos 6.000 niños durante la guerra que serían progresivamente repatriados, y la presencia de refugiados españoles en estos y otros territorios europeos acabó siendo anecdótica.

Latinoamérica constituyó, por evidentes motivos históricos, lingüísticos y culturales, un destino mayoritario que abriría un nuevo periodo en las relaciones de la antigua metrópolis con el continente americano. A esta revisión contribuyeron los selectivos programas de acogida de estos países, pues, en números absolutos, el porcentaje de científicos e intelectuales exiliados en América fue incomparablemente superior al de Europa. Únicamente los gobiernos de México, Chile, República Dominicana y Colombia se mostraron dispuestos a recibir a los republicanos, aunque las políticas de acogida y el número de refugiados varía notablemente: en 1939 más de 7.000 exiliados se habían marchado a México, unos 2.300 a Chile y cerca de 2.000 a República Dominicana.

Por otro lado, el gobierno argentino apenas apoyó al exilio, pero cerca de 3.000 refugiados optaron por trasladarse allí (o, en número bastante menor, a Uruguay) al considerarla una sociedad muy afín a la europea, de mayor tejido industrial y profesional, y donde existía una tradición migratoria que había asentado una amplia colonia española (sobre todo

gallega) y creado redes microsociales de acogida. Este fenómeno se acrecentaría en los años siguientes hasta sumar unos 10.000 exiliados y convertir a Buenos Aires en otra de las grandes capitales de la España exiliada. Allí transcurrió una parte o la totalidad del exilio de un gran número de artistas, intelectuales y escritores: Rafael Alberti, Francisco Ayala, Alejandro Casona, Alfonso R. Castelao, Américo Castro, Rafael Dieste, Manuel de Falla, María Teresa León, Lorenzo Luzuriaga, Francisco Madrid, María Martínez Sierra, Claudio Sánchez Albornoz, Arturo Serrano Plaja, Luis Seoane o Guillermo de Torre, ya residente en la capital argentina.

Esta importante presencia de intelectuales republicanos, muy particularmente en Buenos Aires, contribuyó al esplendor vivido por su industria editorial, con sellos como Losada, Sudamericana y Emecé, y otras editoriales más pequeñas, como Nova, Botella al Mar, Pleamar, Nuevo Romance, Poseidón, Bajel y la vasca Ekin. Al otro lado del Río de la Plata, Uruguay fue el destino elegido por nombres tan significativos del exilio republicano como Margarita Xirgu, quien dirigió la Comedia Nacional del Uruguay y fundó la Escuela de Arte Dramático.

A instancias del presidente Pedro Aguirre Cerda, la labor de Pablo Neruda en la embajada chilena en París como «Cónsul encargado de la inmigración española» propició la ya mencionada expedición del *Winnipeg* y la llegada de los primeros exiliados españoles a Chile en 1939 (como Mauricio Amster, José Balmes, Roser Bru y José Ricardo

Morales), año en el que también desembarcó el relevante grupo de escritores catalanes formado por Xavier Benguerel, Domènec Guansé, Cèsar August Jordana, Joan Oliver –Pere Quart– y Francesc Trabal.

En el caso de Colombia, la implicación personal del presidente Eduardo Santos, formado en España, permitió la entrada de unos 600 científicos y profesores españoles con la idea de que contribuyeran a la modernización del país, pero el proyecto se truncaría con la llegada de las fuerzas conservadoras al poder. Puerto Rico, Cuba o Estados Unidos acogieron únicamente a élites intelectuales que en buena medida recalaron en el mundo universitario (Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Vicente Llorens...) y se convirtieron en lugares de paso para otros destinos, mientras que un número aproximado de 3.000 refugiados se distribuyó en distintos países como Venezuela. En Cuba no debemos olvidar la existencia de revistas como *Nuestra España* y el proyecto editorial de La Verónica, de Manuel Altolaguirre y Concha Méndez. El ejemplo más curioso de esta diáspora del exilio es el de *Luna*, revista editada por los intelectuales republicanos refugiados en la Embajada de Chile en Madrid, por lo que la primera revista exiliada se publicó en la propia capital de España.

En todos los casos, con mayor o menor intensidad, pero siempre de un modo claro, el exilio intelectual republicano supuso una aportación importante al desarrollo cultural, intelectual y científico de las sociedades americanas que los acogieron. ●

LA SEGUNDA REPÚBLICA se articuló políticamente teniendo presente la plurinacionalidad del Estado español, plurinacionalidad asimismo lingüística y cultural. Tras la derrota militar de la República y el inicio del exilio, también las culturas catalana, gallega y vasca atendieron, cada una desde su especificidad, al desafío de mantener la continuidad de sus respectivas culturas nacionales.

La cercanía de la frontera francesa con Cataluña determinó cuantitativamente una presencia muy destacada de catalanes entre el medio millón de civiles y militares que cruzaron los Pirineos en febrero de 1939, mientras que en el caso de los vascos el grueso de su población refugiada había realizado su paso por la frontera occidental tras la caída de Euskadi en 1937; por su parte, los exiliados gallegos constituyeron un grupo numéricamente inferior, caracterizado por una huida de la represión franquista más enfocada desde el principio hacia América, particularmente Argentina, que hacia Francia.

CATALUNYA

En el ámbito catalán, publicaciones editadas en París como *El Poble Català* o la *Revista de Catalunya* son prueba de esta común pretensión de continuidad. La *Revista de Catalunya*, promovida en 1924 por el historiador y político Antoni Rovira i Virgili, fue retomada durante la Guerra Civil por el consejero de Cultura Carles Pi i Sunyer y dirigida por Armand Obiols, todos ellos luego exiliados. Avalada por la Fundació Ramon Llull, institución dirigida por Antoni Maria Sbert y creada en París por la Presidència de la Generalitat a l'Exili en la primavera de ese año con el objetivo de preservar la cultura catalana, la *Revista de Catalunya* inició su cuarta época en diciembre de 1939. Durante la ocupación alemana de París, tanto *El Poble Català* como la *Revista de Catalunya* vieron interrumpida su publicación, si bien ambas reemprendieron una nueva etapa en México en 1941 y 1943, respectivamente.

Varios intelectuales y escritores catalanes pasaron asimismo por los campos de concentración franceses, como fueron los casos de Pere Vives i Clavé (quien moriría en el campo de exterminio de Mauthausen en 1941), Lluís Ferran de Pol, Agustí Bartra o Pere Calders, quienes se exiliarían finalmente en México, país donde se retomó de inmediato idéntica continuidad cultural mediante publicaciones tan tempranas como *La Revista dels Catalans d'Amèrica*, cuya andadura se inició en octubre de 1939 como continuación de la *Revista de Catalunya*, que acogería en sus páginas a algunos de los más importantes intelectuales catalanes: Josep Carner, Joaquim Xirau, Jaume Pi i Sunyer, Rossend Carrasco Formiguera, Marcel Santaló, Miquel Ferrer, J. M. Miquel i Vergés, Pere Foix, Manuel Valldeperes, Otto Mayer Serra...

En igual sentido, antes de que partiera desde Francia hacia su exilio chileno en diciembre de 1939 en compañía de Domènec Guansé, Cèsar August Jordana, Joan Oliver (Pere Quart) y Francesc Trabal, Xavier Benguerel publicaba en Buenos Aires la recopilación de cuentos *Sense retorn* (Edicions de la Revista *Catalunya*, 1939), el primer libro literario en catalán publicado en el exilio.

GALICIA

1939 fue el año en que los exiliados republicanos gallegos se exiliaron, al amparo de las sociedades emigrantes, a países americanos como México, Uruguay y, sobre todo, Argentina. Los escritores Rafael Dieste, Castelao, Otero Espasandín, Lorenzo Varela y los artistas plásticos Manuel Colmeiro, Luis Seoane y Federico Ribas llegaron a Buenos Aires. Otros intelectuales como Jesús Bal y Gay, Florencio Delgado Gurriarán, Carlos Velo y Serafín Ferro se instalaron en México. Unos pocos, Ramón Martínez López, Ernesto Guerra da Cal, Emilio González López

y Xosé Rubia Barcia, hicieron lo propio en Estados Unidos. Sin olvidar a destacados políticos como Lois Tobío, Alonso Ríos o Ramón Suárez Picallo, todos ellos, artistas, escritores, intelectuales, defendieron durante su exilio la dignidad de los valores republicanos.

La metáfora más reveladora de la destrucción de las libertades durante el año 1939 es el absoluto silenciamiento, en Galicia y en los países de acogida, de las imprentas. Tan solo un grito de denuncia e impotencia salió en Buenos Aires, *A gaita a falare* de Ramón Rey Baltar, un médico emigrado que se incorporó de inmediato a la lucha contra la dictadura militar franquista, libro que contó con ilustraciones de Castelao, Seoane y Colmeiro. También en Buenos Aires, convertida en la capital cultural gallega, se publicó en 1939 *Un olla de vidro. Memorias d'un esqueleto*, de Castelao.

EUSKADI

El Gobierno Vasco, ante la previsible derrota militar del Frente Norte y ante la propaganda lesiva llevada a cabo por los nacionales y por las derechas francesas contra el pueblo vasco, organizó en 1937 diversos proyectos, tanto de evacuación como de propaganda. Para ello contó con dos grupos folclóricos que a través del baile y la canción dieron a conocer el alma auténtica del país, al mismo tiempo que recaudaban fondos para la ayuda a los exiliados. Estos dos grupos fueron *Elai-Alai* de Gernika y *Eresoinka*, organizado a instancias del Gobierno Vasco.

Elai-Alai, grupo de danza infantil, estaba formado por 45 niños de edades de 12 a 16 años, dirigido por el músico y coreógrafo Segundo Olaeta. *Eresoinka*, coro nacional vasco, estaba formado por 110 voces masculinas y femeninas, donde destacaban figuras como Luis Mariano o Pepita Embil, madre del tenor Plácido Domingo. Su fundador y director fue el célebre cantante y director de coro Gabriel de Olaizola. Entre 1937 y 1939 actuaron unos y otros en diversos lugares de Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, etc., alcanzando éxitos clamorosos.

Entre las publicaciones nacionalistas más destacadas mencionemos *Euzko Enda* («Raza Vasca»), que apareció en Bayona en 1939 por iniciativa del Comité de Ayuda a los Refugiados Vascos y que hasta 1941 publicó quince números con carácter trilingüe: vasco, castellano y francés. En ella colaboraron las figuras más destacadas de la cultura vasca: José Miguel de Barandiarán, Nicolás Ormaetxea «Orix», José María de Leizaola, Isaac López Mendizabal, Adolfo de Larrañaga, Juan Gorostiaga y Juan de Eguileor.

Por último, el 10 de mayo de 1939 salía a luz el primer número de *Euzko Deya* de Buenos Aires, con el subtítulo de «La Voz de los Vascos en América», órgano político oficial del Gobierno Vasco en Argentina. Su primer director, hasta 1946, fue Ramón María de Aldasoro, abogado y delegado del Gobierno Vasco en Argentina. Colaboraron en sus páginas algunos de los intelectuales más relevantes del exilio vasco como, entre otros, Andrés María de Irujo, Julián Zugazagoitia, Ion Bilbao, Víctor Ruiz Añibarro, Santiago Cunchillos, Isaac López Mendizabal, Pablo Archanco y Juan León Cruzalegui. Fue, como la gran mayoría de revistas y periódicos del exilio, una publicación de opinión y propaganda, y constituyó uno de los fenómenos culturales más importantes del exilio vasco. ●

ELOGIO DE LOS
REPUBLICANOS VENCIDOS

«Estos que ves ahora deshechos, maltrechos, furiosos, aplanados, sin afeitar, sin lavar, cochinos, sucios, cansados, mordiéndose, hechos un asco, destrozados, son, sin embargo, no lo olvides nunca pase lo que pase, son lo mejor de España, los únicos que, de verdad, se han alzado, sin nada, con sus manos, contra el fascismo, contra los militares, contra los poderosos, por la sola justicia; cada uno a su modo, a su manera, como han podido, sin que les importara su comodidad, su familia, su dinero. Estos que ves, españoles rotos, derrotados, hacinados, heridos, soñolientos, medio muertos, esperanzados todavía en escapar, son, no lo olvides, lo mejor del mundo. No es hermoso. Pero es lo mejor del mundo. No lo olvides nunca, hijo, no lo olvides».

Max Aub
Campo de los almendros
1968



▲ Fin de la guerra en el puerto, 1939. Foto Sánchez. Archivo Municipal de Alicante.

En marzo de 1939, el puerto de Alicante se convirtió para miles de republicanos en la última esperanza para poder huir de España.

▼ Reparto de alimentos en Argelès-sur-Mer, febrero, 1939. Fotografía de Manuel Moros.

En el trágico espacio de los campos de concentración, pervivió asimismo la esperanza en una pronta restauración de la legalidad democrática republicana.

